



Bases psicológicas y valor educativo del Escultismo

P. Bovet

Profesor de la Universidad de Ginebra

Trad: Eladio García Martínez.

1935

Adaptación: Gerardo Martínez Hernández

WORLD FEDERATION OF INDEPENDENT SCOUTS

Literatura básica para Tropa,
en el rango de adolescentes de 12 a 16 años.

México – 2007

Serie:
Ciencia y educación
Educadores

Título:
Baden Powell – Educador de juventudes
Bases Psicológicas y valor educativo del Escultismo

Traducción del francés por:
Eladio García Martínez, Inspector jefe de primera enseñanza en Madrid.

Espasa - Calpe, S. A.
Madrid
1935

Adaptación de:
Gerardo Martínez Hernández
Agrupación Scout Mexicana, A. C.
México
2007



Índice

Introducción

Prólogo a la edición en español

Los peligros del éxito

El remedio

La ambición de los Scouts: los hombres del deber

Las consignas morales

¿Quién dará las consignas?

Berton

La unidad del programa Scout

El instinto social

Las alteraciones del sistema combativo

Valores morales

Los peligros de las competencias

Baden Powell evita el peligro apuntado

Los deportes. La caballería

Exploradores pacíficos

Los relatos guerreros

Imaginación y reflexión

Ingonyâma

Introducción

La renovación que se suscita actualmente en algunas corrientes del Escultismo nos estimula a buscar referencias que permitan mantenernos sobre una base sólida, en ese sentido, los libros de la época del fundador se exponen como una ventana al pasado para no olvidar los ideales intrínsecos del Escultismo.

En esta obra suiza, nos damos cuenta cómo desde un inicio, se le reconoce un valor significativo al Escultismo como método pedagógico trascendente y a la vez, nos muestra la desviación en la que se veía sometido en diferentes comarcas ya en tiempos del fundador, urgiendo a entender y comprender los razonamientos básicos Escultistas para no caer en tan inconveniente tentación.

Este tipo de obras, enclavadas en un gran espíritu educativo, nos sirven de guía incluso el día de hoy, que aunque las ciencias de la educación han evolucionado, con ellas podemos incorporar cualquier elemento pedagógico, sin modificar o eliminar la naturaleza íntima del Escultismo.

La adaptación que se le realizó a la versión en español, consiste primordialmente en la traducción de algunas frases en francés y la actualización de términos con la finalidad de que su correspondencia aplique a lo que actualmente se vive en la Agrupación Scout Mexicana, A. C. así como referencias a situaciones actuales.

Prólogo a la edición en español

El instituto *J. J. Rousseau*, recogiendo durante los últimos veinte años los anhelos de superación educadora universal, ha llevado a sus publicaciones autores cuyos trabajos han tenido efectivo valor y natural resonancia en el mundo pedagógico.

No podía menos de recoger el centro de Estudios Pedagógicos de Ginebra la obra de Baden Powell, de la que P. Bovet dice estas significativas palabras:

"Nuestra admiración ha ido creciendo por Baden Powell y su obra, nos ha llenado de orgullo que nuestra colección haya podido, después de los *Eclaireurs*¹, dar en francés el libro de los *Louveteaux*², la *Guide du Chef-Eclaireur*³ y, gracias a la señorita Jentzer, el libro de las *Eclaireuses*⁴.

El Movimiento iniciado por Baden Powell ha seguido su camino en todos los países. Nuestros alumnos han sido puestos en contacto con diversas ocasiones con los Scouts: la señorita Ketty Jentzer, sobre todo, ha sido un lazo vivo entre nuestra casa y las Guías, que han frecuentado nuestro instituto; entre nuestros antiguos alumnos no faltan los instructores; algunos han venido al Instituto, de Francia o de Bélgica especialmente, por los Scouts, para profundizar en estudios de educación funcional que ya habían puesto en práctica en sus Tropas; otros han llegado al Escultismo desde el Instituto, por haber oído hablar en nuestra casa del genio de Baden Powell y el admirable acuerdo de las prácticas Escultistas con los intereses del niño y del adolescente."⁵

Espasa-Calpe, atenta al pensamiento sereno y de rigor crítico del grupo de profesores beneméritos del Instituto, ha creído necesario traer a su fondo pedagógico el interesante folleto que, con el título de *Le genie de Baden Powell*⁶, ha publicado el profesor de Ginebra, P. Bovet.

Conocida entre nosotros la institución de los Scouts, es natural que recojamos de ella cuanto pueda ser de valor formativo para la juventud.

Baden Powell educador de juventudes, no es una hipérbole. Autoridades europeas de indiscutible solvencia científica lo consideran como un educador de primera magnitud, al que una intuición genial ha

¹ Scouts. (N. del A.)

² Lobatos. (N. del A.)

³ Guía para el Jefe de Tropa. (N. del A.)

⁴ Guías Scouts. (N. del A.)

⁵ La obra del Instituto J. J. Rousseau. Espasa - Calpe, páginas 67 y 68.

⁶ El genio de Baden Powell. (N. del A.)

dado en bloque el conocimiento del alma del muchacho.

El folleto que entregamos a nuestros lectores, escrito con la agilidad que caracteriza a P. Bovet, vale tanto por lo que contiene como por lo que sugiere. Hoy que los problemas de educación moral se deslizan por la superficie del espíritu, merecen ser meditadas las verdades de vieja y rica raíz clásica, máxime cuando hombres de formación tan distinta como Baden Powell y P. Bovet se encuentran, por caminos diferentes, en un mismo centro: la educación funcional⁷.

Los editores.

⁷ La educación funcional basa su aplicación en un aprendizaje por inmersión en entorno social pedagógico. (N. del A.)

Los peligros del éxito

El rápido y maravilloso éxito del Escultismo tiene sus peligros. La extensión se logra frecuentemente a costa de la profundidad y, en su caso particular de aquél, la extrema variedad de los espíritus que se han encendido por los métodos de los Scouts no puede dejar de haber provocado ya muchas alteraciones en su Programa primitivo. Cada uno ha visto con sus propios ojos el cuadro que se le ha presentado, cada uno ha aportado a la ejecución del plan de conjunto sus hábitos de acción; es imposible que de esto no haya resultado no solamente una afortunada diversidad, sino también de múltiples **y variadas interpretaciones del pensamiento primitivo que son en realidad, desviaciones.**

Alabemos pues, todo intento de crítica imparcial y reflexiva. Sólo a tal precio se obtiene el éxito.

En todos los países escuchamos reproches y quejas sobre la dirección de los Grupos Scouts y sus mandos. Se cae demasiado en la instrucción mecánica. El automatismo substituye a la vida. Los cursos dan lugar a exámenes que se empollan en los libros, en vez de ser resultados de conversaciones inteligentes en los campamentos y de ejercicios sobre el terreno. Se advierte una jerarquía rígida. Los jefes mandan a los subordinados con ordenancismo excesivo, haciendo del saber cuadrarse, mérito vivo del verdadero conductor de hombres.

No he examinado de cerca el fundamento de estas quejas, ni me he preguntado si son más justas en unos países que en otros.

A *priori*, imagino que deben comprobarse sobre todo en los pueblos donde el Escultismo ha arraigado hace tiempo. La anquilosis es, en efecto, la enfermedad de todos los organismos que envejecen.

De siempre, así en el individuo como en la sociedad humana, la espontaneidad original se convierte naturalmente, en habitual, y lo nuevo con el uso, pasa a ser costumbre.

M. Bergson ha puesto esta comprobación en el sistema filosófico. Y el peligro consiste precisamente en que el cuerpo muerto conserva durante algún tiempo las apariencias del vivo. En el impetuoso brotar que constituye la vida universal, las gotas de agua que caen y cuya caída estorba el vuelo de las que ascienden, son de la misma naturaleza que éstas: la materia no es tan distinta del espíritu que no podamos confundirlos con frecuencia.

La aventura que amenaza al Escultismo es la misma que corrieron

los grandes esfuerzos educadores y los grandes movimientos idealistas.

Vean a Froebel y observen la caricatura que de su pensamiento amoroso y general presentan muchas de las escuelas de párvulos que advocan el glorioso nombre. Lo que de él queda es el "material de enseñanza, las esferas, los cubos de madera, el tejido y el plegado". Pero el espíritu del gran amigo de la infancia, cultivador de los pequeños como flores de un jardín, no se ha transmitido a la vez y con igual fidelidad.

Vean la historia de casi todas las órdenes religiosas: la trágica aventura de San Francisco, en la que muchas de sus intenciones más meditadas, las resoluciones más maduras, fueron abandonadas por su Orden, aún en la vida del Santo. Vean la sequedad gradual, en el curso del siglo XVIII, de esta admirable Sociedad de Amigos que Inglaterra y en el Nuevo Mundo ha constituido la más gloriosa protesta que jamás haya sido intentada en el formalismo religioso. Vean la historia de la iglesia misma, abandonado, desde los tiempos apostólicos, algo de su llama primera y consintiendo, en el preciso momento en que llegó a ser la religión de todo el mundo antiguo, compromisos que amenazaron con hacerle perder su sabor.

Pero estos ejemplos, cuya multiplicidad podría descorazonarlos por la ley natural que nos lleva a formular contienen, de otra parte, una lección de optimismo y de fe. Al mismo tiempo que la gravedad del mal que nos acecha no indica su remedio.

El remedio

El remedio está en volver a las fuentes, tan pronto como la vida se debilita en una tradición de cualquier género, se la puede reanimar volviendo a los orígenes.

Es posible, y merece la pena, buscar el alma misma de Froebel en los viejos libros. Ha habido una, y hasta varias reformas franciscanas, que han sido de frutos magníficos; en el siglo XIX, los cuáqueros, después de haber vuelto al espíritu de los George Fox y de los William Penn, han añadido a su historia un capítulo admirable de desinterés y heroísmo. Y en cuanto al Cristianismo, obrando todos los días la reforma interior en tantos fieles, por un acogerse al Evangelio; sólo tal hecho impide la decadencia de las formas eclesiásticas que, abandonadas a sí mismas, vacilarían mucho.

Puede ser que dentro de veinte años haya llegado el momento de emprender por el Escultismo esta regeneración de retorno a los orígenes, a los que han de acudir muchos movimientos ideológicos. Creo que el Escultismo para Muchachos de Baden Powell encierra un enérgico antídoto contra mayor parte de las influencias deletéreas que amenazan adormecernos. El mismo autor encuentra provechoso releerlo de cuando en cuando para percibir una clara visión de sus primitivas intenciones. Estoy persuadido de que todos los que con cualquier motivo se ocupan de los Scouts, harían bien siguiendo su ejemplo. Baden Powell es para mí un educador de primerísimo línea, puesto que una intuición genial le ha dado, de una vez, un conocimiento inigualado del alma del chico. Espero que los espíritus analíticos, que gustan de discernir claramente los principios según los cuales obran, encontrarán cierto interés en las páginas siguientes, donde intentaré legitimar mi admiración, poniendo de relieve la extraña concordancia del Programa Scout⁸, con lo que sabemos, por otra parte, de la psicología de los jóvenes.

⁸ Para saber más sobre nuestro Programa Scout, se recomienda leer el Proyecto Educativo de la Agrupación Scout Mexicana, A. C., Chicología. (N. del A.)

La ambición de los Scouts

Los hombres del deber

Lo Scouts aspiran a hacer de los jóvenes que reclutan, hombres de deber. ¿Y qué es un hombre de deber? Es aquel que no se deja llevar de los impulsos de su temperamento o de sus deseos, sino que en su espíritu surge en el preciso momento el pensamiento de una regla de conducta permanente, de un principio valedero una vez por todas. Los individuos conceden al deber un lugar muy variable en la vida y en su concepto del mundo. No faltan autores que nos recomiendan sobre todo vivir nuestra vida, abandonarnos a nuestros instintos cualquiera que estos sean; la fuerza de una pasión bastará para darle grandeza. No tengo intención de discutir aquí sus puntos de vista. Son muy refutables ya desde el ángulo de la moral individual; más para llegar a un estado de cosas que todos podamos aceptar, a una vida social, a la felicidad de una comunidad grande o pequeña, nos enseña la historia que los hombres del deber son indispensables. Un programa de educación cívica –y no olvidemos que esto lo que nos ofrecen los Scouts– no puede realizarse sin hombres que sepan plegarse a una disciplina y sacrificar, con gozosa convicción, sus ventajas personales en áreas de interés general.

Hacer hombres del deber es una ambición que deben compartir todos los educadores de una democracia.

Pero, ¿Cómo se hacen los hombres del deber?

La psicología contemporánea⁹ ha determinado con mucha precisión las circunstancias en que aparece el sentimiento del deber. Para que en el mismo momento en que un hombre se vea arrastrado por sus gustos y costumbres en una dirección determinada, surja en su espíritu la conciencia de una obligación de obrar de modo distinto, es preciso que se haya llenado una condición previa: hace falta que este hombre haya recibido anteriormente lo que llamamos una consigna.

Una consigna es una orden concebida en términos universales, valedera hasta nuevo aviso; no ha sido motivada por fines particulares; la sanción que lleva sin duda lleva en sí misma no se ha anunciado explícitamente, no es un mandamiento subordinado a tal o cual fin que podamos cumplir o abandonar; una consigna no tienen nada de condicional: es absoluta; difiere por último, de una orden cualquiera que no prescribe un acto que deba cumplirse inmediatamente, como abrir una puerta o cerrar una ventana: a quien se le dé una consigna

⁹ Véase *Année Psychologique*, XVIII: *Les conditions psychologiques de l'obligation de conscience*.

deberá discernir cuando se han llenado las condiciones que le mandan obrar siguiendo la regla correspondiente. No se da al centinela la orden de disparar inmediatamente, sino la consigna de tirar cuando alguien se aproxime en determinadas circunstancias.

Hay consignas de todas clases: de lenguaje, que llamaremos reglas gramaticales, de pronunciación, o de ortografía; sociales, que denominaremos reglas de urbanidad, de etiqueta o de protocolo; todas dan lugar a obligaciones que respetan los que las conocen.

Finalmente, hay consignas morales. Ellas son las que provocan el sentimiento del deber, en el sentido acabado que esta palabra tiene.

Las consignas morales

Si queremos que un hombre sepa lo que es el sentimiento del deber, hemos de proceder de suerte que, ya de niño o de adolescente, haya recibido consignas morales. Es lo que hace la iglesia: los Mandamientos de la Ley de Dios han ocupado siempre un lugar preferente en su enseñanza.

De igual modo procede Baden Powell, concediendo a la Ley Scout el primer lugar en su curso de educación y las pruebas o exámenes que sufren los Scouts.

Cada uno de los artículos de la Ley Scout, es una consigna en el sentido que hemos dado a este término. Aquella que tiene valor siempre y en todas partes. El educador no pierde su tiempo en motivarla; la propone a la adhesión interior de la conciencia de sus hombres, a su sentimiento profundo de la belleza y del bien. No se entretiene aquél en enumerar las sanciones relacionadas con la consigna: obligar a aceptar la Ley, por un llamamiento al interés bien entendido, será alterar completamente los principios. La ley es la ley.

En desquite, el instructor nunca concederá demasiada importancia a explicar la ley, a mostrar en qué circunstancias se aplica, a detallar los medios diversos mediante los cuales se puede cumplir mejor una consigna. Hay en ello algo esencial para la enseñanza de la moral. Merece la pena insistir en este punto.

El viejo Sócrates, al que debe occidente el haber aprendido a reflexionar sobre estas cuestiones del deber tenía dos cosas, a lo menos, de común con los jefes de los Scouts de hoy: la pasión de rodearse de juventud y la de conversar con ella llevándola a la convicción íntima de que siempre hay que cumplir con el deber. Predicaba Sócrates, como es sabido, con el ejemplo, pero también ponía sumo cuidado en hacer despertar la reflexión entre los que le rodeaban y sus procedimientos están hoy tan acreditados, que ellos recurrimos aún¹⁰. Estimulaba entre los jóvenes un doble movimiento de pensamiento, llevándoles, ya a la investigación de un principio general, la definición de una virtud por ejemplo, capaz por su amplitud de abrazar todos los casos particulares – el valor o dominio de sí mismo, entre otros–, ya a descender hacia casos concretos, para asegurarse de que las condiciones propuestas se realizaban efectivamente con ellos. Este doble trabajo de reflexión es necesario en todos los dominios de la enseñanza si queremos estar seguros de que los alumnos saben bien de qué se trata, en vez de

¹⁰ Véase Boutroux: Socrate, fondateur de la science morale, en Etudes d'histoire de la philosophie. Paris, Alcan.

repetir palabras como *papagayos*¹¹.

La falta de inducción, esto es, el error educativo que se comete con el niño al no elevarles a una visión de conjunto, sobre todo del dominio del Bien, conduce a que aquél esté sujeto a consignas menudas y particulares que observará, además, de manera estrecha y formal. Esto ha ocurrido repetidas veces en la historia de las ideas morales y religiosas, a las religiones más escrupulosas en la observancia de la Ley: a los fariseos del tiempo de Jesús, a muchos cristianos en todos los siglos y, a los pedantes de todas clases.

Si falta la deducción, es decir, si no volvemos a bajar la pendiente inductiva por la que ascendió nuestro pensamiento, poniendo los preceptos en la práctica de la vida ordinaria, nuestras grandes máximas serán completamente ineficaces. Oí no hace mucho tiempo, un sermón en el que se nos exhortaba con firmeza a "no educar a nuestros hijos en el vicio y la corrupción"; la intención sin duda, era buena; pero ¿Qué quieres que saque un auditorio de advertencias tan generales? Los principios son, como su nombre lo indica, los puntos de partida. Hay que darles vida con ejemplos y con observaciones sobre los mismos.

Baden Powell, ha comprendido muy bien esta noble necesidad. La Promesa del Scout y los tres dedos levantados que la simbolizan reducen a la unidad (ayudar al prójimo) de los diez artículos de la Ley. Y esta unidad de propósito, concretada en la institución de la Buena Acción, de servicio cotidiano en beneficio del prójimo tan arraigada en el Scout, llega a horizontes que hasta el nudo de su Pañoleta se lo recuerda.

En cuanto al trabajo del pensamiento inverso, nunca consagrará el educador demasiado tiempo en ejercitar a sus hombres en encontrar el detalle concreto de lo que quiere decir la ley, lo que prohíbe y, sobre todo, lo que ordena. "Se nos habla todos los domingos de las virtudes y de los vicios, decía uno de nuestros escritores suizos: Jeremías Gotthelf; pero durante la semana cuando los encontramos de frente no sabemos reconocerlos." Es el defecto de esos escolares que yo conozco, que saben que arroz se escribe con "z", que nos harían incluso una magnífica composición sobre la manera de cultivarlo, pero que no saben distinguirlo cuando se les presenta junto a la avena, los guisantes y las judías.

Baden Powell recomienda ejercitar a los Scouts en la observación moral. Los envía por la ciudad con la misión de distinguir un *fatuo* de un *pobre vergonzante*, etc. (en campamento), y en las bellas historias que

¹¹ Frase muy usada por Baden Powell para indicar que se repetían las cosas sin sentido analítico. (N. del A.)

cuenta, jamás se olvidad de dar a aquellos a quienes habla, los calificativos que les convienen y de demostrar en qué faltan al ideal del Scout o cómo cumplen la Ley.

Hacemos todos, sin saberlo, mucho mal a nuestro prójimo. La liga social de compradores¹², llamando la atención de los clientes sobre cuánto pueden hacer para disminuir sus gastos y facilitar la vida de los trabajadores, realiza una obra educadora de la que los Maestros educadores pueden obtener gran provecho, pues estimula la observación moral.

Esta liga tuvo en todo tiempo precursores, entre los cuales ninguno merece ser más conocido que John Woolmann, a cuyos esfuerzos se deben los primeros hechos prácticos para la abolición de la esclavitud. Fue una conciencia del siglo XVIII admirablemente recta y constantemente preocupada por descubrir una aplicación nueva de los grandes principios de caridad, a los cuales obedecía.

También deben conocer los Maestros educadores, otras importantes ligas de utilidad pública que han tomado para sí, bellos motivos de higiene social; sus publicaciones, sus actuaciones, darán ocasión a los jóvenes de ver cuántas aplicaciones de detalle tiene el ideal cívico de los Scouts en todos los dominios, y de afirmarse en la idea de que, si se quiere hacer bien, es indispensable instruirse, observar y reflexionar.

Se enseña a los Scouts rurales a eliminar las plagas que amenazan con contagiar los bosques; a los de las ciudades, a apartar de las aceras la basura o en las calles, las piedras que los automóviles pudieran pellizcar poniendo en peligro a algún transeúnte, y a luchar contra el alcoholismo y la tuberculosis para la limpieza material y moral del país, y así como en lo ya dicho sobre otros aspectos, hay siempre multitud de pequeñas medidas que tomar y que no son sino aplicaciones del gran principio: "Ayudar al prójimo", que es preciso animar a nuestros jóvenes a descubrir y a poner en práctica.

¹² Domicilio social: 28, rue Serpente, París y Rainmattstr., Berna.

En México existe una entidad federal similar denominada "Procuraduría Federal del Consumidor", la cual hace publicaciones en diferentes medios y busca defender los derechos del consumidor. (N. del A.)

¿Quién dará las consignas?

No es suficiente que se haya dado a alguien una consigna para que éste se sienta ligado a ella desde el momento en que la recibe. Es preciso que la haya entendido y juzgado, que la haya aceptado deliberadamente o no. ¿Para qué sirve ese hecho psicológico fundamental de la aceptación de la consigna en el dominio de la educación? Merece preguntárnoslo.

Para que una consigna sea recibida por aquél a quién se da, se necesita que exista, entre él y la persona de quién la recibe, una relación especial. Conocemos la naturaleza de ésta relación por numerosos ejemplos. ¿Qué es lo que hay de común entre un enfermo que se siente animado por las prescripciones de su médico, un soldado a quién obligan las órdenes de su oficial, un escolar que está amarrado por las reglas de estilo que le ha enseñado su maestro, y un niño que recuerda el sentimiento de una prohibición paterna? En cada uno de estos casos hay del inferior al superior una relación de sentimiento hecha de confianza, miedo, amor, respeto, a dosis desiguales. Esta relación afectiva es difícil de definir, pero la conocemos perfectamente por experiencia. Supongámosla ausente y todas las consignas del mundo no consignan a quién se ha perdido la confianza y el maestro que ha pedido su prestigio, cantasen.

¿Qué es lo que hay en la base de este sentimiento complejo que advertimos indispensable en toda educación del sentimiento del deber? Vale la pena reintentar el análisis. Limitémonos a decir que en este sentimiento, existe siempre el reconocimiento, muchas veces confuso, de una superioridad y de una fuerza. En este amor y en este temor constitutivos del respeto existe, asimismo y en todos los casos, admiración. Creo que fue Michel Breal quien dijo que la admiración es el sentimiento educativo por excelencia. Esto es una profunda veracidad psicológica.

Pero advirtamos aquí algo de importancia: todas las admiraciones no coinciden. Lo que al uno le impone, al otro le deja indiferente. Hay a este respecto profundas divergencias entre los hombres. Nuestras admiraciones van primero hacia lo que hay de más profundo de nosotros: "Dime a quién admiras y te diré quién eres". Puede ser que no haya ni dos individuos en quienes coincidan las mismas admiraciones. Pero al lado de estos motivos tan individuales, que diferencian nuestros sentimientos, hay otros más generales, que son los que se refieren a la nacionalidad, al sexo, a la edad.

Quién se preocupe de la educación moral deberá tenerlos muy en cuenta. Recordemos, en efecto, de qué se trata para nosotros.

Queremos hacer hombres del deber. Para esto, es necesario dar a los jóvenes consignas a la vez amplias y precisas. Para que las reciban, es indispensable que les sean dadas por alguien quién tenga naturalmente la admiración de los chicos. ¿Y a quién tiene la admiración espontánea de un chiquillo de doce años? ¿A un sabio? ¿A un santo? Tampoco. **La tiene un muchacho un poco mayor y más fuerte que él y que posee ciertas cualidades**¹³ en las que no han soñado los que tienen en sus manos la educación de las juventudes.

¹³ Éste es el principio básico del Sistema de Patrullas y la razón por la cual la Tropa debe ser única e indivisible. Fundamento básico en la Agrupación Scout Mexicana, A. C. (N. del A.)

Berton

Para enumerar imparcialmente estas cualidades, me permito citar a grandes rasgos algunas páginas de un libro dedicado a un colegial ginebrino: *Le libre de Blaise*, de Philippe Monnier¹⁴. Datan de 1904, del momento en que todavía eran totalmente desconocidos entre nosotros los Scouts y su autor se sorprenderá, ciertamente, del uso que de ellas voy a hacer. Es un escolar el que escribe.

“No hay nadie como Berton.

Berton es grande. Berton no teme a nadie, ni a los maestros, ni a los pandilleros del barrio más audaces. Berton tiene fuego en la mirada. Berton se ha peleado cuando menos diez veces: la última con Miville, al que ha roto los molares. Berton tiene mejillas rojas y orejas separadas, que mueve cuando quiere. Sabe escupir muy lejos por el colmillo como los hombres. No retrocede ante nada. Siempre tiene hambre. Conoce lo que en el campo es comestible: el agracejo, las moras, el pan de lobo, los arañones, todo. Se le dice: “¿qué es esto Berton?” Mira y responde: –Esto es acedera salvaje; se come.–

De su casa viene con un gran pedazo de pan que sujeta con los dientes y arranca con la mano. Pero esto no es golosina como en Canel, sino buen apetito.

Un día, en casa de Mermillad, permitió a Pietet tocarle los bíceps y los muslos. Pietet me ha dicho que eran tan duros como los de Fontanaz, pero más gruesos. Si Berton y Fontanaz se zurrasen el cuero, veríamos algo bueno.

Este pícaro chiquillo hace lo que quiere con sus manos. Se ha hecho un calidoscopio, una pila eléctrica, una hamaca, un palo de barco con cofas y portas, y quiere hacer una máquina de vapor.

Si se quiere una paleta buena, una cerbatana bonita, un buen juego de billar, no importa qué, es preciso dirigirse a Berton. Berton se los vende o lo elige. Conoce la tienda mejor para cada cosa y la indica. Algunas veces hasta nos acompaña.

La generosidad de este chico es extraordinaria. Presta todas sus cosas y olvidad que las ha prestado. Franco, leal, sin rencor. No tiene nada de pequeños. Cuando me echa el brazo por el hombro y vamos juntos por la calle, iría con él hasta el fin del mundo; tan bien me siento.

Él es quien decide todas las cuestiones.

Cuando dos se enfadan y llega Berton, pregunta: “¿Qué?...”

¹⁴ Ginebra; Jullien, editor.

¿Qué ocurre? Pero, ¿Qué es lo que pasa?” Se lo dicen y con una palabra termina el asunto.

Es siempre el que manda. Determina el juego del próximo recreo, o dónde se ha de ir a la salida de la escuela. Hace y deshace las reputaciones... Cuando ha declarado una cosa nadie le replica. Con la aprobación de Berton se está tranquilo...

Para el trabajo hay que reconocerlo, Berton no es de primera categoría. Particularmente el latín no entra en su cabeza. Berton no ha podido comprender jamás la diferencia entre participio y gerundio. “Es una laguna lastimosa”, dice el maestro. Esto no le impide ser muy instruido. Conoce los problemas más salientes de las cosas. Ha decidido perfectamente su vocación, quiere ser un gran inventor. Sabe lo que son los vientos alisios y te lo explica. Conoce palabras de ruda dificultad como “moderno... corte horizontal..., protóxido de ázoe..., referéndum...”, y las emplea en la conversación. Cuando fue invitado a casa del padre de Sordet le hizo un montón de preguntas de las que nada entendía, y el padre de Sordet quedó encantado con Breton...

Berton es lo que se llama un espíritu superior. Jamás llora este bravo muchacho. Cuando murió su tía, Breton no lloró. No pierde nunca su flema. Es difícil que se enfade, pero cuando se enfada, es temible. Nos aconseja, nos apoya, nos defiende. Cuando se le interroga sobre alguna cuestión rezonga un poco antes de contestar. Por todo esto estimo a Breton.”

Entre los méritos de Breton y los diversos capítulos del Programa de los Scouts se nota fácilmente el acuerdo. Ser valiente, conocer lo comestible del campo, endurecer los bíceps, descollar en los ejercicios corporales, conocer en la ciudad la tienda más apropiada para cada cosa, hacer con las manos de todo un poco: una pila eléctrica, una hamaca, un barco. Con todo esto ser generoso, franco, leal, sin rencor. ¿No conociste en esto la ambición de Baden Powell para sus Scouts?”

Esta relación entre el escritor suizo, cuidadoso de traducir solamente lo que ve y oye a los chiquillos que quiere, y el general inglés preocupado de elaborar para la juventud de su país un programa de educación cívica, me parece interesante de verdad. Se puede sacar de ella varias conclusiones: admirar el conocimiento maravilloso que tiene Baden Powell del chico, hacer constar que bajo todos los cielos hay identidades psicológicas fundamentales que caracterizan las edades del niños, a pesar de las diferencias de temperamento y medio, y que no es preciso invocar estas diferencias, aunque algo nos extrañe o nos choque en la práctica de los Scouts extranjeros. Pero el punto sobre el cual deseo insistir principalmente para subrayar la gran verdad psicológica del Programa Scout es éste: la organización Scout ha de procurarse cuidadosamente de no dar más al Scout, como superiores jerárquicos, regentes de Patrulla o instructores, sino “tipos” provistos de

calidades capaces de suscitar la admiración de los chicos. De antemano se han tomadas medidas para que, quienes han de enseñarles la Ley, dándoles para ellos consignas de noble elevación moral, reúnan las condiciones requeridas para que los jóvenes adscritos a la institución las reciban de buen agrado. Hay en todo esto una genial invención pedagógica.

La unidad del Programa Scout

Entre las perfecciones que Blaise admira con Berton y las que Baden Powell propone a la ambición de sus Scouts, no hay más que una diferencia. Los méritos de Berton se nos enumeran bellamente desordenados, cual corresponde al arte del poeta. Viéndolos desfilar ante nosotros, pensamos en el cofrecito en que Berton guarda sus tesoros.

"en su caja hay de todo: bramante, un hacha diminuta, un retrato de Garibaldi, jugo de regaliza en un frasco de farmacia y ha apostado con Griolet a que, si quiere, mete en ella un conejo."

Sin reprimir ninguno de los intereses naturales del chico, ha conseguido Baden Powell dar a esta vida lujuriente y diversa, una admirable unidad; ha elegido para ello, como hilo conductor en ese dédalo de tendencias que pudieran parecer divergentes y aun contradictorias, un instinto central y dominante: el instinto combativo.

Esto significó y significa todavía un hallazgo admirable. La lucha es, en el niño, una poderosa necesidad.

Interroguen a los escolares, pregúntenles porque se pelean y serán sorprendidos comprobando lo inane de las causas que determinan las batallas.

Con gran frecuencia, no darán motivo alguno; a veces es tan fútil que pueden ver claramente en ello, una ocasión, un pretexto, más que una verdadera causa; y tampoco será extraño que los propios niños nos den la verdadera respuesta: "Reñimos para divertirnos".

Lo hemos dicho ya anteriormente; los juegos del niño están en correspondencia estrecha con sus instintos; los de lucha testimonian la existencia de su correspondiente espíritu luchador: pegándose para divertirse se prepara el niño para pelear más tarde por causas de importancia.

Estos juegos de lucha y este instinto combativo podemos observarlo en distintos grados en la escala zoológica. Comprobando que son casi exclusivamente la cualidad más saliente del macho, comprendemos que su primera significación biológica es fortificar mirando a la selección sexual. Este instinto –el sexual– es de primordial importancia.

En la especie humana, se manifiesta el de lucha con una particular intensidad antes de la pubertad, en el periodo que va aproximándose de los siete a los doce años. En este momento arremete el niño contra todos sus iguales, librando la batalla por puro placer.

El instinto social

Inmediatamente después, y casi simultáneamente, surge el instinto social; es el momento en que el niño, dejando de jugar solo, busca camaradas. Desde entonces el chico vive en pandillas, que constituye frecuentemente en sociedades sacadas del modelo de las de los adultos.

Pero en estas sociedades el fin es cosa completamente secundaria. Conocí una sociedad de fútbol integrada por niños de diez a doce años que tenía por nombre –Victoria–, su reglamento, su directiva, sus cotizaciones... Su equipo no jugó jamás un partido, y no se si llegó a comprarse el balón. En un libro de niños suizo¹⁵, vemos también una pandilla de amigos organizarse en sociedad de canto, preparar una fiesta, adoptar una insignia, bordar una bandera y elegir un presidente. Este se entrega penosamente a la composición del discurso que ha de pronunciarse para la solemnidad de la entrega de la bandera. Se lanza a la caza de ideas y va a buscar una madrina. La madrina apunta: –Debes empezar diciendo: “ahora que hemos cantado tan admirablemente...”

El presidente la detiene con brusquedad. Es que ni por un instante supo su sociedad que canto que tenía que cantar. A esta edad se agrupan los niños por agruparse. También esto es la manifestación de un instinto.

Pero así como en el momento anterior reñían por reñir, no nos ha de extrañar ahora que las sociedades de niños se constituyan en ejércitos enemigos y más frecuentemente todavía en bandas de pícaros. En la gran mayoría de las grandes ciudades, algunos de estos grupos de adolescentes, los *platten* vieneses o los *gangs* americanos, dan bastante que hacer a la policía¹⁶. Es inútil intentar disolverlos; más vale procurar sacar partido de esto, como lo hizo un día Lindray, el genial juez de niños de Colorado.

Se había atrapado al jefe de la banda y estaba citado a comparecer ante el juez. Éste propuso al pilluelo organizar a sus camaradas en Tropa auxiliar de los servicios urbanos. El cuidado de éstos, del alumbrado, de la pequeña vigilancia de las calles les sería confiado en ciertos barrios. Los golfillos cumplieron a las mil maravillas la tarea que les fue confiada¹⁷.

¹⁵ Spyri, Les enfants de Grütli.

¹⁶ Véase Rouma: *Pedagogie sociologique*. Varendoneck: Les sociétés d'enfants. Ferrière: *L'autonomie des écoliers*. Regina Lago : « Las Repúblicas infantiles », en la revista de Pedagogía (N. del T.)

¹⁷ Forester: *L'école et le caractère*.

Las alteraciones del sistema combativo

Vengamos de nuevo al instinto combativo.

El estudio de las tendencias profundas del individuo, hecho principalmente durante los últimos tiempos bajo la influencia del psicoanálisis, nos ha enseñado sobre los instintos muchas cosas que ignorábamos. Sabemos, desde luego, que si los instintos son comunes a toda una especie y se mantienen sin gran alteración a través de numerosas generaciones no son, sin embargo, inmutables en el individuo. Cuando un instinto poderoso es contrarrestado por circunstancias adversas o por la presión del medio social –caso muy frecuente por lo que hace a los instintos del hombre–, ni se mantiene intacto ni se anula: sencillamente, se altera. El arte del educador, y a veces el del médico, consiste en favorecer aquellas posibles modificaciones que no son solamente inofensivas, sino bienhechoras socialmente consideradas, pues no ha de olvidarse que las susodichas alteraciones, como tendencias rechazadas que son, pueden dar lugar a síntomas patológicos. Fijémonos en el ejemplo que nos ofrece la historia natural del instinto combativo. El niño de diez años busca riña a sus compañeros por el placer de medir sus fuerzas con ellos; suponemos que esta tendencia persista y arraigue en él convirtiéndolo en un hábito dando ocasión a que a los quince, a los veinte, a los cuarenta, a los sesenta años, sea su gusto, y pensar en lo que tal individuo será. La policía empezará por mutilarle; las reincidencias le llevarán a la detención y aún a presidio, y en el más favorable de los casos, si se ha conservado pendenciero impenitente, los últimos años de su vida será cliente de un asilo para individuos atados de locura pendenciera. En estos términos: La sociedad tomaría sus medidas para que la existencia de un hombre con tales hábitos estuviese fuera de su seno, al margen de la vida pública normal. El instinto de combate, tan natural y permanente en el hombre, se convierte con facilidad en antisocial, al menos en sus momentos primeros de bruta originalidad...

Aunado a ello, la presión de la sociedad ejercida sobre el individuo llega a alterar aquella natural tendencia, de maneras varias y notables, y esencialmente, en primer lugar, *canalizando* sus manifestaciones.

Un adulto que ha conservado el gusto de pelearse no lo hace en todo momento y con cualquier pretexto. No hablemos ahora más que de las luchas cuerpo a cuerpo. La sociedad ha delimitado las condiciones bajo las cuales se permiten éstas. De una parte contamos con los juegos de lucha (esgrima, boxeo, etc.). Continuación de los de la infancia. Se va a ellos por el placer de reñir, sometién dose de antemano a condiciones claramente definidas que constituyen el

reglamento del juego. Sus reglas se proponen principalmente a hacer las luchas tan inofensivas como sea posible. Hay por otra parte, luchas que nada tienen de juego hoy y que la sociedad restringió en cuanto a su uso, primero, y monopolizó después. Entre ellas está el torneo judicial que sustituyó, en la evolución histórica, a la venganza, y el gran esfuerzo hecho por la monarquía francesa contra el duelo. Paralelamente están las reglas de la caballería y la iniciativa de la iglesia en la tregua de Dios. Actualmente ningún Estado admite en su seno luchas a mano armada: las manifestaciones brutales del instinto combativo se han canalizado enteramente por la guerra, que no tiene lugar sino el interés del Estado. Y en la misma medida en que se da una conciencia social, desbordando los límites de los Estados y una Sociedad de Naciones¹⁸, se advierte la necesidad de una fuerza capaz de canalizar la combatividad de los propios Estados, delimitando estrictamente los casos de guerra legítima.

Nada hay de absurdo en prever un estado de la civilización en que la agresividad de los pueblos que hayan llegado a la vida adulta sea canalizada como la de los individuos de nuestra sociedad.

El instinto de combate no se habrá anulado por eso. Las brutales manifestaciones de la combatividad no son más que su forma primitiva. Hablamos de quienes han llegado a adultos con hábito de dependencia, sino que puedan, por ejemplo, ser boxeadores o legionarios. ¡Cuántos han de quedarse en revolvedores procesales! Además de la canalización hay una *platonización* de instintos. Todavía se trata de la lucha; aún hay un adversario que derribar, pero los golpes que le alcanzar no dejan equimosis. No se ha limitado el individuo a llamar a su inteligencia para perfeccionar sus primitivos procedimientos de combate, para añadir a la fuerza la habilidad y la astucia; la presión social le ha conducido a cambiar totalmente. De la lucha primera no subsisten más que dos elementos: el adversario y el placer que aquella entraña.

Hay más: este placer de luchar, que es la señal más característica del instinto, puede mantenerse aún con la ausencia del adversario, en lo que llamamos desviaciones de combate. En tal caso, el esfuerzo físico que se hace es el mismo origen. Así, para el alpinista, la ascensión a un pico es una verdadera lucha que le inspira los mismos sentimientos que un cuero a cuerpo atlético.

¹⁸ Lo que hoy conocemos como la Organización de las Naciones Unidas, ONU. (N. del A.)

Valores morales

En todas las alteraciones del instinto de lucha, la emulación, el deseo de adquirir valor con relación a los demás, tiene una importancia considerable, más ya sabemos que es posible la lucha, con nosotros mismos intentando batir nuestro propio *record*. En el campo moral, estos esfuerzos del individuo con fines de superarse, venciendo, tienen un interés excepcional. El lenguaje que usan los héroes de orden moral nos hace ver en ellos a los soldados del bien. El combate que entablan contra el mal, por ser libres, no deja de ser encarnizado y en él se apela a todas las energías. Sólo los hombres capaces de saborear los ásperos goces de la lucha se nos imponen por su carácter. La grandeza moral es una sublimación del instinto de combate.

Llamar a la combatividad del chico, como hacen los Scouts, es pues, dirigirse a una tendencia esencial y permanente del hombre y a una de las que son manifiestamente más susceptibles de ser utilizadas en interés de la sociedad. Pero entre las diversas alteraciones del instinto de emulación que vamos revisando ha de hacerse una selección: no todas son inofensivas, máxime teniendo en cuenta que no nos proponemos hacer de los chicos seres inofensivos, sino hombres y ciudadanos. El hecho de agrupar a aquellos, en sí mismo, no implica un resultado notable; solos se agruparían también. Puede ser que hasta los bordones de que van armados los Scouts, sus uniformes y banderines, hagan brotar en ellos sugerencias bélicas. Yo se de una Patrulla que, a falta de vigilancia y educación, se encontró un día convertida en cuadrilla de bandidos de serranía; también hemos oído hablar sin duda de batallas ocasionales entre Tropas rivales o de pueblos pacíficos, despertados por las detonaciones intempestivas de armas de fuego que chicos Scouts habían creído necesario procurarse. La combatividad de nuestros chicos puede ser educada. El programa de Baden Powell contiene todo lo necesario para ello. Veamos cómo debemos ponerlo en acción.

No olvidemos, en primero lugar, que estudiamos problemas de niños, es decir, de seres en desarrollo y formación, y que la naturaleza, dotándolos precisamente en su edad de una tendencia tan inclinada a la lucha, ha querido contribuir a su perfeccionamiento y preparación para la vida mediante el instinto a que aquella tendencia responde.

No intentaremos pues, primero, alterar esa combatividad platonizándola, como hace la escuela tradicional. En el patio del recreo todas las peleas están prohibidas; las ocasiones de sobresalir se trasladan del dominio de la excelencia física al campo de la inteligencia. Los únicos combatientes que reúnen a los espectadores en la escuela son los consagrados a los cuadros de honor en una

distribución de premios. El espíritu de rivalidad no se adormece, es cierto; pero se transporta de golpe al dominio intelectual. Es ésta una característica de la educación latina, por oposición a la griega y a la anglosajona.

Los peligros de las competencias

Tal vez sea este el momento de decir lo que pensamos de la emulación que tan gran lugar ocupa en la educación de la juventud escolar. Hemos visto que el niño tiene una tendencia innata a ponerse de relieve en relación y aún en perjuicio de sus compañeros.

Sin embargo, un programa de educación basado sobre las actividades espontáneas del niño no puede olvidar la emulación si no quiere privarse de un auxiliar poderoso y preciso. Pero el régimen de puestos, previos, exámenes, etc., seguido en nuestras escuelas, pone de manifiesto que el llamamiento constante al instinto de competencia no carece de peligro. Tres son los puntos vulnerables que contiene. El primero es de orden moral. Estimular este instinto en el niño ¿no es favorecer en él la ambición, pasión egoísta a la que, como a toda pasión cualquiera, sacrifica el individuo afectos naturales, alegrías desinteresadas, salud y, sobre todo, esa primera condición del Scout, la lealtad más absoluta? Todos conocemos escolares estudiantes a quienes la pasión de ser primeros lugares ha arruinado física y aún moralmente. Es evidente que existe una relación directa entre la atmósfera del disimulo y engaño que reina en un abundante número de clases y la importancia que atribuimos a las puntuaciones y lugares de los alumnos en aquellas.

Mirando estas cosas por el lado de la educación cívica, que es la que importa a los Scouts, es casi fatal que las competencias personales alcancen niveles graves, rebajando el espíritu de mutua ayuda y compañerismo que nuestros grupos pueden, por otra parte, estimular de modo tan eficaz. ¿No es el arrivismo una de las llagas más feas de nuestra sociedad contemporánea? ¿Arrastremos a él a nuestros Scouts?

Por último, llamar de continuo al instinto de competencia lleva en sí el inconveniente de descorazonar rápidamente a quienes haría falta sobre todo, estimular a los débiles, que pierden en seguida la esperanza de colocarse en los primeros puestos y obtener recompensas.

Baden Powell evita el peligro apuntado

Basado en Baden Powell todo el esfuerzo educativo en un llamamiento al instinto de lucha, ¿Cómo habría evitado los peligros de la rivalidad?

Señalemos primero que todos los signos distintivos de los Scouts, como son las insignias de Segunda y Primera Clase, las Especialidades y los distintivos de capacidad, se otorgan fuera de todo concurso. Cada una de estas distinciones es testimonio de conocimientos y aptitudes positivos; el Scout ha sido colocado para obtener aquellas condiciones dadas, ante las que ha reaccionado personalmente, mostrándose, no a la altura de competencias entre compañeros, sino a la de una situación determinada, condición única que cuenta para acreditar que se sabe reaccionar inteligentemente. ¿Significa esta manera de proceder que los Scouts desdeñen la sana rivalidad? Al contrario, le conceden un gran lugar. La mayor parte de los juegos de los Scouts tienen el carácter de concurso, y Baden Powell da aspecto de competencia hasta aquellos ejercicios que a primera vista no parecen prestarse a ello.

Esta práctica envuelve una intuición psicológica muy justa. Hemos hablado de un instinto de competencia; pero hablar de un instinto, según hemos visto, es reconocer la actividad, cuyo ejercicio procura al individuo una satisfacción inmediata e intrínseca, independiente de toda ventaja externa. Una actividad instintiva se ejercita por sí misma; así, los instintos todos dan lugar a juegos. En el caso particular del instinto de competencia, el niño encuentra un placer material e intenso en medirse con sus camaradas, sin que para ello sea preciso animarle con ninguna recompensa extrínseca. Los concursos han de conservar su carácter natural y bienhechor, no deben sancionarse sus resultados con premios que tengan un valor en sí mismos. Si la escuela diese a las competencias el carácter de juegos; si no ligase a ellas los destinos del niño, haciendo depender de las mismas el lugar y consideración de éste en la clase y aún en la vida, evitaría el mayor peligro entre los señalados al considerar la emulación en la formación moral.

El llamamiento al instinto de rivalidad no excluye necesariamente los sentimientos de solidaridad y ayuda mutua. Los concursos entre equipos (Seisenas, Patrullas) ocupan un lugar preferente en los juegos Scouts. El Banderín de Honor, en la Tropa, simboliza una idea que interesa extraordinariamente a Baden Powell. "De nada sirve tener en un grupo uno o dos tipos deslumbrantes al lado del individuo sin valor. Hay que procurar que todos estén a la altura conveniente"¹⁹. No concediendo el honor de un Banderín más que al grupo, cuyos miembros hayan alcanzado la altura exigida, Baden Powell interesa a la

¹⁹ *Eclaireurs.*

individualidad en el progreso de una colectividad.

Una habilidad sugerida por este educador de juventudes permite trabajar de forma susodicha. Haciendo concursar a los chicos por pruebas eliminatorias sucesivas, semifinales y finales –dice Baden Powell– tomen una precaución: en vez de luchar para saber quién será el primero, hagan que se compita para saber quién no será el último. Con el primer criterio, los campeones son tanto más llamados a la lucha cuanto son más fuertes; por el segundo, al contrario, entran en la lid con mayor frecuencia los débiles.

En conclusión, los Maestros Scouts pondrán en práctica toda suerte de concursos, llamando así ampliamente al instinto de rivalidad de los Scouts, pero deberán tener sumo cuidado de dar a las competencias un carácter de juego. Evitarán igualmente sancionar los éxitos con premios excesivos y, sobre todo, nunca harán depender de estos concursos el lugar que un Scouts haya de ocupar en la Patrulla o el papel que deba desempeñar en ésta.

Los deportes. La caballería

Volvamos sobre las actuaciones del instinto de lucha. Si una competencia nos ofrece el medio de platonizar en una cierta medida la combatividad de los niños, llevándolos al luchar entre sí, sin que caigan en un brutal cuerpo a cuerpo, todos los deportes y sobre todo, los más violentos, aquellos que necesitan un consumo mayor de energía, podrán servir para desviar la agresividad natural del chico, transformándola en inofensiva. Los anglosajones cuentan a tal efecto, especialmente, con fútbol, próximo todavía a los combates de naturaleza salvaje, y que no obstante reúne la doble y gran ventaja de ser un juego en equipo que exige la abdicación de la voluntad individual a los intereses de la colectividad y de estar bastante y minuciosamente reglamentado para canalizar de modo riguroso las explosiones de combatividad juvenil; el fútbol ocupa gran lugar en las preocupaciones de la adolescencia inglesa, y el profesionalismo de que es objeto en Inglaterra constituye un peligro serio, suficiente para que Baden Powell no lo haya incluido en el programa regular de los ejercicios de los Scouts. Pero en el continente, numerosos Grupos Scouts lo han adoptado. El béisbol tiene la ventaja de no hallarse conminado por el profesionalismo. Menos violento que el fútbol, es igualmente eficaz, presta iguales servicios y algunas veces mayores.

Pero la canalización del instinto de lucha puede obtenerse también directamente, y así ocurre por completo en los campamentos Scouts.

Los ideales de la caballería tradicional ocupan en aquellos un lugar importante, porque contienen sin duda virtudes admirables; estimulan en el individuo todas las que son propias del caballero en la lucha y en la paz. Es preciso hallarse siempre presto a batirse, hacerse fuerte, dominar el valor. Más nunca está permitido atacar fuera de condiciones perfectamente legítimas; jamás por intereses personales y nunca al débil. Con tales garantías, la fuerza está siempre al servicio de los demás.

A este ideal caballeresco, muy individualista (el valeroso caballero sale solo a recorrer el mundo en busca de aventuras para enderezar entuertos, ejecutando bellas locuras), se añade en seguida el ideal patriótico correspondiente al despertar del interés social en el chico. Este ideal canaliza también el instinto de lucha, pues no han de tomarse las armas en beneficio individual, sino en el país a que se pertenece. Ambos ideales combinados, esto es, la aplicación del ideal caballeresco a la lucha colectiva y el proceso de un pueblo que no toma las armas más que por una causa noble, en defensa de los nobles y oprimidos, constituyen un espectáculo que pone de manifiesto la

historia y que Francia, por ejemplo, ha hecho ver al mundo en más de una ocasión. “En otros tiempos soldados de Dios y de la libertad, hoy soldados del derecho y siempre soldados de la humanidad”, significa dar la vida a la ambición más alta que podemos acariciar en tiempos presentes, a saber: circunscribir el caso de “guerra legítima”, por cuya determinación tanto trabaja la Sociedad de Naciones. Este ideal, que es precisamente el de los Scouts, hace posible y compatible la educación premilitar con la cívica de tendencia pacifista.

Scouts pacíficos

Merece la pena recordar a este propósito las declaraciones tan claras y terminantes de Baden Powell²⁰:

El nombre Scout no tiene significación militar. Saber salir adelante en la vida de situaciones difíciles y no contar en estos casos sino consigo mismo, son atributos de muchos scouts pacíficos en las fronteras de nuestra civilización. Estas cualidades son, por excelencia, las que hacen a los hombres. No pretendemos hacer soldados de nuestros chicos ni alimentar en ellos la sed de sangre. Sin duda, hablándoles de patriotismo, se les enseña que un ciudadano debe estar presto a tomar parte en la defensa de su país contra agresiones posibles. Es éste, un deber que la seguridad y la libertad de que disfruta en la patria le imponen. El que deserta de esta obligación, dejando su cumplimiento a los demás, juega un papel que no tiene algo de valeroso y noble...

El término antimilitarismo se presta a grandes confusiones. La mayor parte de nosotros somos opuestos al militarismo, al gobierno por autoridades militares, en vista de fines militares; pero entre nosotros hay pocos que – sobre todo la luz de la guerra– sean antimilitaristas; esto es, opuestos a que los hombres del ejército ejerzan el poder en defensa del país.

Y todo hombre es de corazón pacifista, enemigo de la guerra."

Baden Powell jamás ha dejado de tener bajo su vigilante mirada el problema de la educación cívica en toda su amplitud. Y no deja de ser chocante en un soldado no haber cedido jamás a la tentación de llevar la formación cívica plena a modos militares²¹. En repetidas ocasiones, ha parangonado exclusivamente la carrera de los Scouts pacíficos, exploradores y misioneros, con la de heroicos guerreros, pues ambas llaman a las mismas virtudes y satisfacen las mismas aspiraciones de vida libre y útil consagrada al prójimo. Los mejores votos que pueden hacerse por el porvenir del Escultismo universal es que todos los émulos del Gran Jefe le imiten en la conducta apuntada.

²⁰ *Eclaireurs*.

²¹ Afortunadamente en México desde 1916 con la intervención de Estados Unidos en la Guerra Punitive, no se ha presentado otro conflicto bélico directo, eso nos hace pensar de forma distinta a lo expuesto e ir más con la política "Estrada" de no intervención para conflictos en el extranjero. (N. del A.)

Los relata guerreros

Un rasgo bien característico del Programa de Baden Powell, es el lugar que concede en sus campamentos al agente de policía. Esta importancia tiende a que los Scouts lleguen a considerar aquél como uno de los suyos, como defensor del país y del derecho, como soldado del deber, al que en toda ocasión concederán orgullosos, la máxima confianza y estimación. Ya en los primeros relatos, *Kim* y *Le meurtre d'Eldon*, tienden al fin indicado. En ningún aspecto como éste va la educación cívica más directamente al encuentro de las tendencias naturales del chico. Arlequín apaleando a un guardia ha sido siempre una escena favorita del teatro popular, y es tremenda la pretensión de cambiar las simpatías de un público juvenil. Y, sin embargo, hay que hacerse con ellas. Es preciso descubrir al niño y a todo lo que de niño queda en el adulto, el heroísmo del agente de policía esclavo de su consigna, haciéndose comprender que por la naturaleza de la misión de la sociedad le confía, debe inspirar igual admiración que el centinela que muere frente al enemigo.

Pero la manera de proceder de Baden Powell es muy significativa a este respecto. La mayor parte de las personas que comparten ese ideal estiman, sin duda, que las historias de apaches, bandidos, pieles rojas, las escenas de crímenes y muertes, de las que los niños son tan apetentes, resultan enteramente perjudiciales, y que nunca serán demasiado rigurosas las medidas que se tomen para alejarlas e la imaginación infantil. No es éste el criterio del Jefe Scout. En esto como en otras tantas cosas apunta a canalizar y no a secar una corriente de interés demasiado natural para no ser utilizable.

Esta afición a los relatos guerreros no es sino una manifestación más del instinto de lucha de los jóvenes, lo que hay que evitar es que ésta sea exclusiva, y que muchos incapaces de afrontar unos golpes sientan un placer morboso en ver reñir a los demás. Este era el caso de los romanos de la decadencia, que se apresuraban en los circos para asistir a los combates de los gladiadores; no lo es, hoy, el de muchos aficionados a los toros, riñas de gallos, boxeo, etc., en los que toda valentía consiste en que cada cual aclame a sus campeones favoritos. Más el Escultismo, en totalidad de procedimientos, obvia tales peligros, estimulando otras formas inofensivas y útiles de la misma tendencia, y su inspiración caballeresca es bastante potente para que un Scout no corra el riesgo de entregar su empatía a un apache.

En el momento que se establecen estas precauciones ya no hay inconvenientes en responder al interés del niño con historias de crímenes, obteniendo de tales relatos el correspondiente partido. Estos suministran una excelente ocasión de hacer notar la inteligencia de que

deben dar pruebas los servidores del orden en sus funciones austeras y de comprender la importancia que tiene saber observar e inducir. Los Scouts deben a tales historias algunas de sus más preciosas lecciones. Y Baden Powell está tan seguro de la dirección, que ha impreso a los sentimientos de lucha de sus jóvenes amigos, que llega a proponerles la reconstrucción de un crimen, animándoles a proseguir la pantomima hasta la horca²².

Esta preocupación, tan instintiva sin duda como razonada, de acceder a los deseos del niño, aun en casos de desaprobación –claro que para corregirlos y que educarlos más tarde–, es constante en Baden Powell. Recuerdo un bonito ejemplo relacionado con las colecciones de sellos.

Al Jefe Scout no le gustan las colecciones filatélicas., “El más imbécil puede hacer una colección, dejando incompletas la de sus amigos y conocidos.” Baden Powell propondrá, pues, a los Scouts hacer mejor colecciones de historia natural, mucho más instructivas que las de sellos en sí mismas, y suscitadoras de actividades que conviene estimular. Ello no impide que una de las primeras viñetas de su libro reproduzca un sello, el del sitio de Mafeking.

²² *Eclaireurs*.

Imaginación y reflexión

Resaltemos, como muy característico de Baden Powell, su método de instrucción moral.

Es interesante compararlo con los de nuestro gran Charles Wagner, de una parte, y con muchos de nuestros manuales de moral²³ por otra.

Wagner era un poeta. Cuántas cosas que veía tenían para él un sentido espiritual y oculto. Un saco vacío desfondado tirado en el suelo, otro lleno que se endereza orgulloso, una cometa que eleva el viento, un carbonero que deja sin saberlo un reguero de su mercancía en la calle, todos estos cuadros modelos de la realidad diaria le proporcionaban símbolos de verdades morales. Las veía tan naturalmente, que confundía su percepción de fabulista con la observación del sabio. El célebre moralista invita a sus jóvenes auditores a observar como él, y tal vez puedan triunfar en el empeño si es verdad que la visión del niño se aproxima a la del poeta. Wagner se dirige a la imaginación.

Payot, o un autor alemán a quien aquél admiro mucho y que nosotros admiramos más hoy por tratarse de uno de los pocos alemanes que durante la guerra supo ver claro y hablar alto, Foerster²⁴, hacen descansar toda la enseñanza moral sobre la observación de la realidad, tal como el niño puede conocerla y tal como la vida de la escuela se la presenta.

Se trata un llamamiento a la reflexión moral ante todo.

Si se pretende enseñar el orden, por ejemplo, los autores mencionados preguntarán al escolar en qué casos deben someterse a él y cuáles son los inconvenientes del desorden. La cuestión es estimular al niño a pensar en estas ideas proponiéndoselas como temas de meditación.

Wagner, según es en él habitual, hace hablar a las cosas. En una encantadora página de fantasía, nos hace asistir al diálogo nocturno y quejumbroso de las diversas piezas del vestido que un niño desordenado dejó tiradas en distintos lugares de su dormitorio.

²³ El hermoso Cours de morale de Jules Payot, por ejemplo. (Colin.)

²⁴ Véase Foerster, L'école et le caractère y Pour former le caractère. Del mismo autor, traducido por la Editorial Labor, acaba de publicarse Instrucción ética de la Juventud (N. del T.)

El procedimiento de Baden Powell, es una combinación muy original de los dos métodos precedentes. Hace un llamamiento a la reflexión de los jóvenes sobre la base de una ficción. No dejes esparcidos tus desperdicios –dice a los Scouts–, pues podrían suministrar al enemigo indicaciones precisas: el resto de una cura en el suelo, un botón del tirado, los residuos de un rancho, dirán qué regimiento ha pasado por el camino en que se encuentran, que ha tenido heridos y a qué víveres se hallan reducidos sus efectivos. Y ya en casa, los vestidos bien plegados y ordenados en su propio lugar, te permitirán vestirte en la oscuridad si son despertados de improviso por un incendio que reclama tu presencia en la vecindad.

¿Hay que estimular al niño a limpiarse la boca? Llévemole con la imaginación aun país salvaje en el que no pueda contar con el auxilio de un dentista. Cítele el ejemplo de los primitivos, que se ocupan de tal cuidado con regularidad, y la importancia que conceden los reclutadores ingleses al examen de la dentadura.

¿Queremos demostrar al chico los inconvenientes del tabaco? La costumbre de fumar embota el olfato de los Scouts; con frecuencia, la brasa de un cigarrillo ha indicado al enemigo la presencia de un campamento.

Y así sucesivamente, para el aseo personal, para el madrugar; cada uno de los consejos de higiene moral que Baden Powell da a sus Scouts suministra materia para reflexiones precisas sobre hechos observados y comprobados, pero siempre basados en esta ficción; el Scout es un luchador rodeado de potencias hostiles; es preciso que sepa desenvolverse en una situación comprometida, alcanzando la victoria y afirmando su independencia.

“Ingonyâma”

¿Qué pensar del procedimiento de Baden Powell? Su valor obedece por completo a que la ficción en que se basa responde admirablemente a la aspiración interior del chico. No es un cuento lo que su instructor le propone, sino la manera misma de percibir, a través de sus sueños, el mundo que le rodea; desea ser en él independiente, hacer grandes cosas y afirmarse con y contra todos.

El proceso de educación moral de Baden Powell está, pues, pensado muy particularmente para aquellos a quienes se dirige. Las ingeniosas fábulas de Wagner tienen su gran valor. Para que nos guardemos de murmurar sobre su eficacia bastará que recordemos que son la aplicación moderna de los procedimientos de enseñanza orientales, entre los cuales resultan las parábolas de Jesús el ejemplo más ilustre. Estas de Wagner hablan a todos sin distinción de sexo ni edad. Los que se quiere estimular mediante ellas en la escuela, es más especialmente la que corresponde a la edad en que la razón se despierta y en que el chico se apasiona por las ideas abstractas y las discusiones.

Y para la edad intermedia entre la infancia y la juventud, para los muchachos sobre todo, me parecen los procedimientos de Baden Powell de una verdad psicológica profunda. Es preciso que los educadores se persuadan de ello, lo que no deja de ser difícil; muchos de los instructores son jóvenes que apenas han dejado sus sueños de adolescentes. Han comprendido ahora las necesidades de la vida y ven, bajo el duro ambiente de nuestro tiempo, las necesidades del país, en este momento grave entre todos, y por esto precisamente, el ideal cívico de los Scouts les entusiasma. Se disponen a entregarse a él prestos en cuerpo y alma.

Ahora bien; los procedimientos que se les proponen para dar vida al ideal les satisfacen menos: esta bullanga, esta apariencia ruidosa, este indianismo, ¡Ingonyâma Invoubou!²⁵, es decididamente pueril.

“Que los anglosajones se acomoden a cosas tan externas e inocentes está bien y encaja en su carácter. No es tal rasgo el único de su mentalidad que nos hacer suponerles grandes niños. Pero para nosotros, y en estos tiempos, ¡cuidado!”

Comentarios tales no son raros hasta en los medios más

²⁵ Se refiere el autor al coro zulú que Baden Powell incluye en Escultismo para Muchachos, con un pequeño comentario, y que es, por excelencia, la canción de “salvajes” de los Scouts. Ingonyâma = león; Invoubou = hipopótamo.

entregados al ideal Scout. Y se proponen mil pequeñas reformas para adaptar el método...

Que la obra de Baden Powell haya nacido perfecta es poco verosímil, pues el hecho sería inusitado en la historia de la ideas; más si no nos equivocamos, los errores que se le reprochan son mucho menos atribuibles a su creador que a quienes, sin haber estudiado bastante el pensamiento de aquél en su potente y amplia originalidad, lo han dejado pasar al molde estrecho de sus prejuicios y costumbres. Sin advertirlo, lo han adaptado menos a las necesidades de aquellos a quienes se dirigía que a sus propias capacidades ilimitadas. Y nuestra tarea actual es hacer ver a todos, que los únicos progresos que se pueden esperar aquí y en todas partes en materia de educación, son los que se originan de una intuición cada vez más profunda y más simpática del alma de la juventud.